

de los combatientes; observan los relámpagos de la pólvora que hacen brotar el rayo de aquel cráter viviente; ven horro-
rizados las aguas de aquel lago en que tanto les complacia
bañarse, tintas en sangre, los globos de fuego que el salitre
hace estallar socarran sus plumas hasta en las mismas nubes,
y en aquellos campos de horror de los que no pueden alejar-
se, sus alas sin fuerza no osan ya palpar.



NOVENA VISION.

Entre tanto el esquife bajaba hácia donde rugia aquella tem-
pestad horrible, rasando las cúspides sombrías de las altas tor-
res, que por su gran número, y sus cimas aglomeradas en for-
ma de agujas, de arcos ó de minaretes, parecían una selva de
piedra en que los mármoles y granitos hubieran germinado
por sí mismos, vegetando á modo de árboles: pirámides, alti-
simos palacios, puentes inmensos que descansaban sobre in-
mensos arcos; arcadas sobre arcadas erguidas sobre anchas
plataformas y sirviendo de pedestal á mónstruos enormes; obe-
liscos monolíticos, arrancados del seno de la tierra como una
osamenta, que sin sostener nada iban adelgazándose como
una espada y se perdían como un ensueño en el seno de las
atónitas nubes; acueductos en que mugía el río de caudalosas
aguas, jardines aéreos suspendidos de mil arcos, cuyos gi-
gantescos árboles, más altos que nuestras ideas, difundían
sobre los palacios inconmensurables sombras; columnatas
que seguían, cual una serpiente de bronce, los grandes plie-
gues del terreno desde las lomas hasta los valles, en que in-
numerables troncos de metal, prodigiosas plantas, ostentaban
en sus copas follajes de acantos; jarrones en que humeaban
piras de aloe para perfumar de noche la brisa de los palacios,

ó deslumbradoras hogueras de llamas piramidales que, ondulando al viento, reverberaban en las losas.

La nave, bogando entre aquellos monumentos amontonados, como un águila entre los mástiles de cien buques, temía á cada momento ver destrozada su quilla contra una pirámide, una torre ó una aguja. Al través de este dédalo dirigia su vuelo, á los mil gritos de espanto que se elevaban de la tierra, hácia el centro deslumbrador, fuerte morada de los dioses, que dominaba desde lo alto la ciudad interior. Allí, cerniéndose más bajo sobre la sagrada mansion, en que los jefes se encerraban en su celosa corte, vieron, al resplandor de cien antorchas errantes, en un jardín surcado por murmuradores arroyuelos y á las incesantes brisas de acordes melodiosos, un crecido enjambre de diosas y dioses, mirándolos caer como una estrella fugaz, y haciendo retemblar su vela con un inmenso grito.

Pero ántes que el esquife, suspendido un momento, hubiese bajado al nivel de los baluartes, el que parecia reinar sobre aquella muchedumbre hizo un ademán; y al punto, así como la hoja se arremolina cuando el viento del mediodía la barre, la amontona y la hace ondular, aquellos hombres y mujeres, obedientes á la señal de su señor, mostrando en su palidez todo el espanto de sus almas y sin atreverse á dirigir una mirada al cielo, huyeron del jardín al azar. Cuando el rey se quedó rodeado solamente de un grupo celeste de mujeres y gigantes, indicó con otro ademán al piloto vigilante la cúspide de una torre circundada de almenas de marfil; allí subió el rey con lentitud de piso en piso, y la embarcación descendió por fin de las nubes.

Tan luego como hubo tocado en tierra á la manera del ave que se posa, arrióse la vela sobre el delgado mástil, y los gigantes salieron de los bordes inclinados de la nave cual de los costados de un buque que zozobra, apresurándose á saludar á su rey; en seguida desembarcaron á los cautivos, que

estaban inmóviles de terror, y así como los perros adiestrados arrastran, llena la boca de espuma, al gamo ó al ave cuyo plumaje muerden, del propio modo condujeron en sus brazos triunfantes á los dos esposos y sus hijos, arrojándolos á los piés del rey.

El aspecto inesperado de aquella jóven presa arrancó un grito de sorpresa y de alegría general; pero al punto sucedió un profundo silencio á este arranque de admiración. Sin embargo, al contemplarla á la claridad de una antorcha, cuyos resplandores, recorriendo lentamente las facciones de ambos esposos, parecían hacer surgir un ángel de una nube, los gigantes prorumpieron en nuevas exclamaciones, levantando los brazos por efecto de su asombro. Contemplaban con los ojos, acariciaban con el alma el aéreo torso de la jóven, sus miembros velados de piés á cabeza por sus sueltos cabellos, semejantes á una espuma de oro; el mármol palpitante de sus blanquisimos hombros; sus brazos lánguidos caídos sobre sus costados, pero que si llegaban á separarse del cuerpo, debían formar en su contorno el anillo de un invencible amor; aquel seno naciente, más blanco que la leche, nieve que había conservado el molde de una copa, y que sus dedos abiertos y sus cabellos esparcidos procuraban ocultar á aquellas lascivas miradas; el torneado cuello inclinado sobre el hombro y que comunicaba su morbidez á cada plegado músculo; aquella boca entreabierta, de purpurinos labios, granada de Damasco abierta á los rayos del sol, y de la cual parecia salir, junto con su débil aliento, un alma llena de dudas y esperanzas; aquel pliegue formado por el dolor entre las cejas; aquellas perlas que brillaban en el fondo de sus pestañas; la palidez del espanto, el rubor de la vergüenza que respondían en sus mejillas á las miradas que la sonrojaban, los ahogados suspiros que dirigía á Cedar encadenado junto á ella, la maternal sonrisa con que miraba á sus hijos, y aquellos ojos en los que brillaba el esplendor de la errante antorcha como reflejo

de una hoguera en el agua corriente, dejando ver en el fondo de su tétrico fulgor un mundo sin fin de amor y de candor.

Apartando luego los gigantes la vista de tan celestial imagen y dirigiendo la claridad de la antorcha hácia otro rostro, contemplaron á Cedar inmóvil á sus piés, enlazando con ambos brazos sus rodillas dobladas y dejando pender en cortas oleadas negra cabellera como para ocultar el alma á la par de su rostro. Su hermoso cuerpo estaba postrado bajo el peso de los hierros, remachados á sus miembros; pero si se hubiera levantado, su alta y robusta estatura hubiera aventajado considerablemente á la de los dioses. Los pesados eslabones de sus cadenas, retorcidos por sus fuerzas, habian impreso en su cuerpo amoratadas manchas; mas la varonil adolescencia de aquel cuerpo encantador, cuya gracia se hermanaba con su pujanza, las palpitations de sus músculos nacientes cuyas ondulaciones podian observarse como se observan bajo la corteza de un olivo jóven los robustos pliegues del tronco que revelan su fuerza; la blancura de su piel, apenas oscurecida por un ligero vello parecido á una sombra ondulante; la hermosura agradable y varonil de su abatido rostro, en cuya pálida tez luchaban la juventud y la muerte; aquel tronco que parecia precipitado allí desde el cielo, su talla, su esplendor, su inmovilidad, le asemejaban á la pálida estatua de alguna deidad de mármol derribada á nuestros piés, á la cual temen acercarse los lagartos trepadores y que la mano no se atreve á tocar al medirla.

Insensible á las miradas fijas en él, cuando el gigante adornado de la divina diadema profanaba los atractivos de Daidha con su brutal deseo contemplándola muy de cerca, Cedar levantó su melancólica frente, contrajo las cejas y le dirigió una torva mirada en la que se veia flamear toda su saña, mirada mal reprimida, pero fulminante; sus hierros, sacudidos por un salto involuntario, sonaron como un monton de cadenas arrojadas al suelo por el viento; y las reinas palide-

cieron de espanto, y el rey retrocedió, escapándosele la antorcha de la mano!

Así tambien, cuando un leñador, despues de derribar un roble tierno aún, mete la cuña para henderlo, é introduce los dedos en el tronco desgarrado para ver cómo sangra la savia y se retuerce la madera; si se reunen los dos bordes de la ancha herida del árbol, hacen prorumpir al hombre en un grito de dolor, y cogiendo con fuerza la mano que le tortura, el árbol caido se venga arrancando el brazo de su verdugo!

